



1. Titanic/adictos

DESDE las alturas un tanto enfatizadas de la «inteligencia», somos capaces de contemplar la historia cinematográfica de un gigantesco trasatlántico que se hunde insospechadamente, como una aventura mastodóntica, espectacular y populista, sin más. Excelentes efectos especiales, poderosa dirección de las masas, tomas casi imposibles, todo ello aderezado con un toque de sentimentalismo, otro de clasismo social y, en fin, ese definitivo toque de naturaleza trágica que lo embarga todo.

Inmediatamente después, concluimos que estamos ante un filme sin especial redundancia interior y, como consecuencia, carente de proyección histórica alguna: distracciones para fin de siglo.

Nada de esto. La aventura del inmenso barco se viene al fondo del mar por imperativos de un inoportuno bloque de hielo móvil, consigue cifras en taquilla que merecen nuestra más seria atención: a comienzos de abril, había recaudado en el mundo 200.000 millones de pesetas, cuando el coste de la producción (altísimo) se había elevado a 30.000 millones. Así, se convertía, ya para entonces, en la película más taquillera de la historia del cine. A su vez, lo que no deja de resultar un detalle, conseguía nada menos que 11 Oscar, y subrayamos el dato de que un 7 por 100 de adolescentes norteamericanos había visionado el filme, en gran parte convocados por el atractivo del protagonista, ese frágil pero también aguerrido Leonardo DiCaprio. Una de las muchas consecuencias de este acontecimiento es que, en Nueva York, el precio de una «cena-Titanic» alcanza nada menos que las 37.500 pesetas en algunos selectos restaurantes. James Cameron, su director, había aceptado cobrar una cantidad relativamente pequeña como guionista y fiaba su remuneración, como alma del evento, en la taquilla: se

acabó llevando la cifra de unos 10.000 millones de pesetas por poner en alto este enorme y llamativo edificio.

¿Por qué toda esta gigantesca movida cinematográfica, cuando pareciera que los grandes espectáculos han pasado de moda? Muy sencillo, y aquí deseábamos ir a parar. Los hombres y mujeres que se han fascinado por *Titanic*, pertenecen a una sociedad occidental desarrollada en que la posibilidad de aventura disminuye alarmantemente. Desde la gran pantalla, en la oscuridad que comunica privacidad y ante unos ojos solamente habituados a descubrir anodinos detalles de la vida cotidiana, ha surgido la gran historia de amor, odio y dolor. Y ha podido con tales seres humanos hasta el punto de convertirles en «titanicadictos» empecinados, que ven y vuelven a ver la película para rendir culto a su fastuosidad, a las peripecias de intérpretes tan jóvenes, a la división de ese recoleto mundo entre malos/pésimos y buenos/óptimos, pero sobre todo porque es la juventud, llena de amor, de pasión, la que padece, la que se enfrenta y la que muere. Una vez más, tanta gente (la gente del pueblo) ha sido conducida desde el cine hasta ese lugar de sueño y de integración en el mismo sueño. No se contempla la aventura del *Titanic*, se vive tal aventura, que es absolutamente distinto.

Desde la sublime y siempre pulcra «inteligencia», tan dada a aplaudirse a sí misma, estas cosas apenas se comprenden. Pero desde las calles de las ciudades, siempre repletas de ciudadanos abrumados de vulgaridad, historias como ésta alcanzan el corazón y, también, el espíritu: y es que la gente de la calle tiene un corazón y un espíritu más espontáneos que los inteligentes, siempre abrumados por la cultura imperante y siempre alienados en la gentileza de las grandes palabras.

Puede que se deba visionar el *Titanic* de nuevo. Desde la propuesta de tal lectura sencilla y asequible. Sería, para tantos, correr el riesgo de la identificación con el ciudadano medio...

P. de P.

2. Amo Mafalda

¿NO la recuerdan? Con su melena en una especie de permanente infantil, sus falditas recortadas, sus ojos inquisitivos y sus expresiones absolutamente maduras, formaba parte de muchas familias españolas que, sin pretenderlo, hacían de ella un cántico a la sutil impertinencia que jamás nosotros, los adultos de ahora, nos atrevemos a practicar. Mafalda ha sido la creación acerbamente humorística más consentánea con la recta final de la modernidad: nada hay en ella de posmoderno: ni su talante, ni sus preocupaciones, ni su saber estar en la vida como alguien responsable de los demás, capaz de destrozarse toda frase hecha y todo apriori sensato. Mafalda ha sido nuestra hermana mayor desde la menudencia de una tira humorística.

Pues bien, hace 20 años que el genial Quino se la inventó. Es el momento de reconocer la amistad que nos regaló, la paciencia que tuvo con nosotros, las palabras que acertó a poner en nuestras bocas, pero, sobre todo, hay que reconocerle que nos levantara, mediante una sonrisa, de la pasividad ante los males del tiempo y del espacio humanos. La vimos iracunda cuando la injusticia de aquí y de allá. Soportamos sus invectivas cuando nos acusaba de exagerada prudencia. Y, desde la identificación con sus padres, sabíamos que, en cualquier momento, la niña respondona iba a molestarnos, a fastidiarnos y obligarnos a rectificar puntos de vista absolutamente precarios. Graciosamente, no nos dejaba vivir en paz... con nuestras debilidades admitidas de «mayores».

Las cosas han cambiado. ¿Tendría cabida la niña argentina en nuestros esquemas actuales? Puede que no. Hemos transitado desde cierta inquietud moderna a esta otra pasividad posmoderna que nos domina, y Mafalda no sabría dónde meterse, como en ocasiones sucede al Blasillo del gran Forges. Otras son las voces que nos susurran necesarias remodelaciones de nuestra forma de actuar y de pensar. Precisamente, las demonizadas por Mafalda en sus mejores momentos: la arbitrariedad, la injusticia, la soledad, el dinero, tanto olvido, esa mentira familiar cotidianamente aceptada y, en fin, el abuso de la infancia, contra el que la «pequeñaja adulta» lanzaba sus mejores venablos verbales.

Pensaba el otro día que los años sesenta nos regalaron tres personajes fascinantes, entre muchos de cierta altura: Juan XXIII, Che Guevara y Mafalda. De entre los tres, quien mejor resiste el paso del tiempo es ella, porque siempre significará la capacidad infantil para acusar, sin maldad, los vicios adultos. Como debe ser.

P. de P.

3. Ni diáconas ni diaconisas

NOS referimos al doble documento recientemente emanado de sendas Congregaciones Vaticanas sobre la puesta a punto del «Diaconado permanente» (10 de marzo). Podría esperarse que, tratándose de un orden en sí mismo, sin necesidad de pasar al sacerdocio, la Santa Sede hubiera dado un paso hacia la inclusión de la mujer en los cuadros de la jerarquía eclesiástica. Pero no ha sido así. Ni siquiera el hecho histórico indiscutible de Diaconisas en las primitivas comunidades ha suscitado el deseo de restituir esta realidad en la Iglesia actual.

No basta la «dignidad de la mujer», proclamada por Juan Pablo II en una de sus encíclicas. Ni las crecientes cotas de responsabilidad en todos los campos de la actividad social conseguidas por las mujeres. Ni es suficiente la preparación religiosa, teológica y litúrgica de numerosas cristianas laicas y consagradas, para poder acceder a este grado de los cuadros eclesiales.

Si el argumento para negar el acceso femenino al sacerdocio es la fidelidad al hecho de que Jesús sólo ordenó a varones, y a la tradición secular de la Iglesia, tal argumentación no tiene cabida respecto del diaconado: Jesús no ordenó diáconos, y la Iglesia apostólica sí ordenó diaconisas.

Si es discutido por algunos que el diaconado femenino primitivo fuera una auténtica ordenación, ¿no se podría haber tenido en cuenta la opinión afirmativa de otros, como un gesto en pro de la mayoría de edad de la mujer en la Iglesia actual?

Entre los que verían con buenos ojos esta apertura se encuentra el Cardenal Martini, arzobispo de Milán, que tras la última negativa papal al sacerdocio femenino afirmaba (junio 1994): «Pienso que un espacio permanece abierto que el Papa no menciona y por tanto no excluye»: el diaconado.

Por su parte, Mons. Karl Lehmann, presidente de la Conferencia episcopal alemana, afirmaba en la celebración de las bodas de plata del Diaconado permanente (1996): «Me alegraría que esta cuestión (del diaconado femenino) pudiera ser examinada de nuevo por Roma». Pero el Vaticano ha considerado que también la puerta menor del diaconado debe seguir cerrada para la mujer.

El «motivo teológico fundamental —esgrimido por el cardenal Laghi, en la presentación de los recientes documentos vaticanos para negar el acceso femenino a cualquier grado clerical— es que Cristo era un hombre».

¿Cuánto tiempo habrá de pasar aún hasta que la argumentación de la Iglesia para poder acceder a su jerarquía no sea la masculinidad o la feminidad, sino la *personalidad humana*, común al varón y a la mujer? Es verdad que el Hijo de Dios se encarnó en un hombre, pero ¿no se puede considerar esa elección como un dato puramente cultural, para poder ejercer su misión en un mundo masculino en el que la mujer no pintaba nada?

Pero no tratamos de apoyarnos en la sociología para decir que la mujer de hoy está a la altura del hombre en todas las áreas de la actividad cívica y eclesial. Nos apoyamos en que para el Cristo resucitado, el único actual, «ya no hay varón ni mujer, sino una nueva criatura» en la cual no importa el género sino la persona, como afirma Pablo.

R. A.

4. La paciencia del Rey

SU Majestad es un personaje de amplias dimensiones como persona. Quiere decirse que no se trata de un monarca ocultado entre azules, como tantos al uso. Gusta de manifestarse al pueblo, siguiendo una proyección que le consumara como excelente político en los complejos años de la Transición. Su Majestad sabe que el pueblo le acepta y que desea saber de él, de sus andanzas, de su presencia misma en la vida española. Y estaría muy mal que Su Majestad perdiera ante ese mismo pueblo esta especie de «estado de gracia» del que está nimbado. Cuando un hombre público ha conectado con sus bases, hay que cuidar como oro en paño esta difícilísima conquista. Cualquier tontería la destruye.

Pero resulta una obviedad que, desde que el PP está en el poder ejecutivo, Juan Carlos I parece ocultado y, por tanto, oculto. No se trata, para un observador mínimamente fino, de que el Rey haya puesto tierra entre nosotros y su persona, en absoluto. Más bien, nos encontramos ante la impresión de que el aparato político dominante procura que el hombre de la sonrisa un tanto triste y el pelo entrecano, no protagonice prácticamente evento alguno de la vida oficial y menos oficial española. Aunque resulte llamativo, mientras el socialismo estuvo en el poder, nuestro hombre nos era mucho más familiar, más cercano y hasta más escarparte de la miste-

riosa realeza. Ahora, se le ha metido en la Zarzuela y solamente le contemplamos en algún telediario, casi por casualidad. Tanto es así que nos alegramos mucho de poder comprobar que, por lo menos, el Príncipe sale más en la función.

Seguramente sabrá el Gobierno el porqué de esta manera de proceder con el Rey. Por ahí, no falta quien afirme un larvado republicanismo en las coordenadas de muchos populares, de raíz un tanto joseantoniana. En fin, el hecho es que entre el Rey y el Presidente se nota, sin esfuerzo alguno, que no fluye la química que hiciera famosa la relación de Su Majestad con Felipe González, quién, además de la amistad personal, seguramente tenía razones políticas subterráneas para vender bien tal relación. José María Aznar, con la dureza que le caracteriza, no hace guiño alguno a la Monarquía.

¿La guinda? Pues esa respuesta al periodista que le preguntara cuándo iría el Rey a Cuba: «*Cuando le toque*». A la falta de sensibilidad política, se añade una todavía más honda ausencia de sensibilidad histórica. Porque está claro que Su Majestad debiera visitar la isla hermana, desde tantos puntos de vista, precisamente en este 98, y abrazarse con Castro precisamente como signo de que la esperanza de España en la progresividad cubana es un hecho irrenunciable. Esperar significa pensar en mera lógica recortada y descartar ese hálito de grandeza que tienen los grandes estadistas, y que sería bueno poder esperar del Presidente Aznar. Parece que, vía Ministro de Exteriores, el viaje se pospone para el 99, relacionándolo con la futura cumbre Iberoamericana. Grave error de naturaleza simplista y simplificada.

Es hora de que nuestro poder ejecutivo meditara despacio que un Rey como el nuestro no debe ser tratado como un advenedizo. El Rey ha ganado, con limpieza, cierto amplio margen de libertad. No estaría mal que se le permitiera cumplir sus mejores deseos en materia de relaciones internacionales, porque, además, siempre olfateó muy bien. La paciencia de nuestro Rey merece mayor sentido y sensibilidad.

P. de P.

5. Pintan bastos

Y A casi nadie se acuerda del magnífico papel que jugaron los medios de comunicación en general, y la prensa en particular, en los tiempos de nuestra delicada transición política. Curiosamente, son ellos mismos los que hoy se afanan en propiciar tal olvido. Las dosis de obligada prudencia y de respetuosa libertad con que entonces se pusieron manos a la democratización del país los trabajadores de la información se truecan ahora, más veces de las deseables, en amontonamientos de escándalos y en amarillenta provocación que nada tienen que ver con aquella laudable actitud.

Todo, o casi, vale en este rifirrafe de noticias compulsadas a medias y de afirmaciones con olor a pólvora. La comunicación ha cedido el paso al *marketing*. La información es una mercancía más en este mundo de compras y de ventas. Y las noticias se eligen y valoran en virtud del guirigai que provocan, y del gancho consecuente, que es tanto como decir que su interés se mide por pesetas.

Cualquier rasgadura de ética, causada por las últimas descalificaciones personales o por la propagación de un rumor que lesiona la intimidad de alguien, hay que colocarla en el marco de ese patio de vecindad malavenida en el que se han convertido los medios de comunicación por obra y desgracia del mercado de audiencias.

Se escribe, se habla, se filma para llamar la atención de cuantos más mejor. El arte de informar se ha vuelto un grito cuya resonancia está por encima de la calidad o de la utilidad de los mensajes.

Los lectores, los telespectadores, los oyentes hemos dejado de serlo. Ahora nos tratan como a clientes, o, lo que es peor, se dedican a seducirnos en el sentido más tramposo del término. Con la información se monta un espectáculo. Se tiñe la actualidad en drama. La disensión se torna enfrentamiento sin remedio. Se privilegia el más difícil todavía. Hemos convertido el discurso mediático en un circo de la emotividad.

Ha habido un peligroso trasvase del mundo de la información al ámbito de la fabulación. La tendencia, sólo eso, pero tendencia al cabo a la objetividad, se ha precipitado en brazos del imaginario más alucinado. Lo real apenas cuenta. De la evidencia aplastante de los hechos hemos pasado a la tiranía de la interpretación cautiva. Malos, muy malos vientos soplan para la convivencia.

L. U.